

Ana CASTRO SANTAMARÍA – Joaquín GARCÍA NISTAL (coords.), *La impronta humanística* (ss. XV-XVIII), Palermo, Officina di Studi Medievali, 2013, 515 pp.

Siglos de retorno, de regreso a los valores clásicos y de recuperación de las ciencias humanas, pero a la vez siglos de descubrimientos, de avances y de progreso. El presente volumen se propone encerrar toda esta realidad versátil a lo largo de los treinta y dos trabajos que aquí se presentan, ofreciendo al lector una visión de conjunto de este riquísimo período de nuestra historia que es el Renacimiento. Dedicado a la profesora Justina Sarabia Viejo, los trabajos reunidos abordan una enorme variedad de temas, desde literatura, arte, política, sociología hasta saberes de tipo científico y, mediante pequeñas pinceladas, invita al lector a seguir leyendo sobre cualquiera de las cuestiones que concuerden más con sus intereses.

Los editores han organizado el conjunto en tres bloques: «Humanismo: personalidades y saberes», «Curiosidades y realidades: visiones del mundo» y «Fuentes impresas: imágenes e interpretaciones». El primer apartado está constituido por diez trabajos, de entre los cuales seis explícitamente y los otros cuatro de manera transversal se sitúan en torno a un mismo hilo conductor: la enseñanza en el humanismo. Algunos de estos estudios ofrecen una visión más global sobre el tema, como el de V. Bécares Botas, «El *cursus artium* del humanista» (pp.7-20), en el que a partir de una serie de documentos de carácter jurídico, como los estatutos de la Universidad de Salamanca o los certificados de latinidad que abrían las puertas de los estudios universitarios, se analiza paso a paso el recorrido que había de seguir el estudiante del s.XVI para convertirse en un verdadero humanista. Mediante este análisis del proyecto curricular y un acercamiento a las bibliotecas de la época, Bécares Botas estudia el cambio radical en la enseñanza del momento, cuyos focos principales serían el abandono de la teología como núcleo de la educación y la creciente preponderancia de la lengua vulgar con respecto al latín. Estrechamente vinculado con éste, M.C. Santapau Pastor y C. Herrero González, en su estudio «La formación humanística del arzobispo Pedro Guerrero en el siglo XVI: su influencia en el arzobispado de Granada (pp.71-80), se ocupan de lo que podríamos denominar el *cursus honorum* de la formación eclesiástica. Se trata de un estudio biográfico de Pedro Guerrero en el que las etapas de su vida se establecen de acuerdo a sus períodos formativos. Los dos siguientes trabajos se centran en las figuras de dos importantes humanistas: Hernán Pérez de Oliva y Pedro Simón Abril; sin embargo, los enfoques que presentan son totalmente distintos. C. Flórez Miguel («El humanismo de Hernán Pérez de Oliva», pp.21-36) elige a Pérez de Oliva como pretexto para profundizar en la idea del pensamiento fragmentario característico del humanismo, de tal manera que pueda ejemplificar esta corriente mediante sus *tituli*, inscritos en el claustro de la Universidad de Salamanca. J.A. López Férez, («En torno al humanista Pedro Simón Abril», pp.37-56), por su parte, se centra en el estudio de los textos de Simón Abril con el fin de extraer su concepción sobre la mejor forma de enseñar las lenguas clásicas. Especialmente interesante resultan las reflexiones de este último acerca de la importancia de la traducción, por un lado, en cuanto a su función pedagógica, considerando el texto bilingüe

como herramienta fundamental para aprender lenguas antiguas, y, por otro, en lo que se refiere a la teoría de la traducción en sí misma, acerca de la que nos lega preceptos interesantes y muy innovadores. En la misma línea de estudio se incluye el análisis de J. Garau sobre la concepción paidéutica de Bartolomé Jiménez Patón, «*El virtuoso decreto, primera y segunda parte* [c. 1629-1631] de Bartolomé Jiménez Patón (1569-1640) y su concepción ideal del alumno humanista», pp.119-132. En este manuscrito inédito, el maestro de gramática refleja su deseo de compaginar los saberes humanos y la ciencia con el saber teológico, creyendo así poder ayudar al hombre renacentista a discernir entre el bien y el mal y poner freno a su curiosidad indómita, que no puede sino apartarle del camino recto. El último de los capítulos dedicados como tal a la educación es «Aspectos educativos en la antigua cultura mexicana según la Monarquía Indiana de Juan de Torquemada» (pp.105-118) de G. Santana Henríquez. En él se muestra una especie de exégesis del texto, en la que se intenta comparar el sistema educativo de las Indias con los preceptos grecolatinos y los medievales, con el fin de establecer ciertas sintonías cuyo eje central sería la religión católica. Al margen del sistema educativo se sitúan los capítulos referentes a la figura del príncipe: «La imagen del buen príncipe en algunos tratados de Pedro de Valencia» (pp.89-104), de J.M. Nieto Ibáñez y «La imagen virtuosa del poder: felicidad pública» (pp.133-146), de M. A. Sánchez Manzano. En el primero de ellos, se pone de manifiesto la influencia de Dion de Prusa y Jenofonte en Pedro de Valencia, quien tomando como referencia la figura de Carlos III y exaltando la de su padre, Carlos II, ofrece un ‘manual’ para el buen príncipe, principalmente en los ámbitos político y religioso. Sánchez Manzano, por su parte, realiza un estudio cronológico, desde la Antigüedad hasta el s.XVII, de la concepción de ‘felicidad’, estableciendo una dicotomía constante entre ‘felicidad individual’ y ‘felicidad pública’, siendo esta última la proporcionada por el Estado. Por último, incluidos también en este bloque, encontramos un estudio centrado en la tradición clásica del poema anónimo de Baldo, «La cultura clásica de un anónimo *doctor rusticus*. El autor del Baldo y el saber miscelánea» (pp.57-70), de F. Gernert, y otro sobre la concepción del hebreo como lengua sagrada y originaria que tenía Benito Arias Montano, personaje del que volverán a tratar otras investigaciones a lo largo del volumen, obra de S. Fernández López («La idea de la lengua sagrada en el *Apparatus* de Benito Arias Montano», pp.81-88).

El protagonista del bloque central, en torno al que giran catorce capítulos, es el descubrimiento del Nuevo Mundo y su enorme repercusión en numerosos ámbitos. Especialmente interesante resulta la dicotomía entre las opiniones laudatorias y aquellas diametralmente opuestas, que juzgan a las Indias un territorio hostil que en nada puede competir con la gran Europa. M.D. Pérez Murillo, en su trabajo «La visión del mundo en narrativas de la emigración: españoles en Indias en el siglo XVI» (pp.229-238), ofrece una serie de testimonios epistolares de emigrantes españoles en los que se observa el anhelo de que las generaciones futuras continúen el proceso migratorio; las misivas transmiten la riqueza y las oportunidades que el nuevo territorio puede ofrecer a los habitantes de una España que, según sus autores, vive en la miseria. Como contraposición a esta visión, encontramos el testimonio de Ramón Moya que

nos ofrece M<sup>a</sup>. Viforcós Marinas en «Impresiones de un viajero renuente: una imagen desencantada de la América meridional en el último tercio del XVIII» (pp.349-362). La concepción de Moya es totalmente eurocentrista y en el compendio de sus cartas únicamente se percibe desencanto y añoranza, así como una crítica feroz a la mayoría de aspectos concernientes al virreinato peruano, donde se ve obligado a viajar por asuntos familiares. Otra correspondencia epistolar que estudia en este volumen M<sup>a</sup>.C. Martínez Martínez es la que mantiene G. Battista Ramusio con sus embajadores al Nuevo Mundo. En «Giovanni Battista Ramusio y México: curiosidad intelectual y negocios» (pp.199-210), la autora analiza el inmenso afán de este hombre del Renacimiento por conocer al dedillo cada detalle de la expedición, principalmente por su interés comercial, aunque también movido por esa curiosidad común que suscitaban las Américas en los hombres de la época. El descubrimiento del Nuevo Mundo también supone un impacto para los prosélitos de la religión católica, dando lugar a reacciones variadas. Un ejemplo es el que presenta J. Palomares en «La imagen del Nuevo Mundo en Fray Luis de León» (pp.211-228), ya que en la obra de este religioso se interpreta el descubrimiento y la necesaria evangelización de los indios a la luz de la exégesis bíblica. Algo similar ocurre con Arias Montano, quien llega a postular el origen hebreo de los indios dando lugar a un polémico debate. J. Paniagua Pérez, en «Arias Montano, su teoría de Ophir y los cronistas de Indias» (pp.239-250), se centra principalmente en la recepción que tuvo la teoría de Montano entre sus contemporáneos y, tras ejemplificar con la opinión de múltiples detractores, opta por centrarse en dos de sus paladines más acérrimos: Gregorio García y Fernando de Montesinos. Estrechamente vinculado con el tema de la evangelización hallamos el artículo de R. Moreno Jeria, «La cartografía jesuita en el archipiélago de Chiloé en los siglos XVII y XVIII» (pp.325-334), en el que se pone de manifiesto la importancia de los mapas indios elaborados por los jesuitas, en un principio con un objetivo pastoral y, finalmente, de gran utilidad también para fines estratégicos y científicos. Cierra este tema «Humanismo criollo e Ilustración católica en las publicaciones de la Imprenta Viuda de Bernardo de Hogal. Ciudad de México, 1741- 1755» (pp.335-348), de I. Arenas Frutos y M<sup>a</sup>.J. Sarabia Viejo. Tras una breve biografía de Rosa Teresa de Poveda, viuda de Hogal, las autoras realizan un estudio pormenorizado de *Escudo de Armas de México* y *Theatro Americano*, dos de las veinticuatro obras que publicó esta autora, no sólo prestando atención a su contenido, sino también a su formato. Otro aspecto que suscitó el interés de los europeos fue la variedad de flora y fauna en las Indias; ejemplo es la obra de Bernabé Cobo, estudiado por L. Millones Figueroa en «El lenguaje y la naturaleza en la Historia del Nuevo Mundo de Bernabé Cobo» (pp.315-324). Este jesuita se enfrenta en su obra al problema de determinar cuál es realmente la fauna y la flora nativa, tras el intercambio biológico que supone la irrupción de los colonizadores, así como al de evitar la confusión entre las distintas denominaciones que los textos ofrecen para un único elemento.

Dejando a un lado los temas concernientes al Nuevo Mundo, en este mismo segundo bloque encontramos otros artículos dedicados a la geografía o al mundo del viaje, pero con un carácter más general. Por ejemplo, J. Gil, en «El mundo a vista de

pájaro. Un tratado de cosmografía atribuido a Sor María de Ágreda» (pp.283-314), plantea el problema de la autoría de dicho tratado, ofrece un análisis de su contenido y además publica las tres partes descriptivas de los tres opúsculos consagrados a África, Asia y América respectivamente. Por su parte, J.A. Beltrán Cebollada presenta una panorámica de los intereses geográficos de Pedro Simón Abril mediante un análisis de su biblioteca. En «Una ventana al mundo desde la biblioteca del humanista Pedro Simón Abril (1595)» (pp.251-262), el autor nos revela las preferencias geográficas del humanista, que radican en la geografía antigua y apenas contemplan los nuevos descubrimientos. Si bien las Américas captan toda la atención, Asia tampoco queda al margen del interés de los viajeros en el s.XVII. Así lo demuestra «La imagen de Asia en el itinerario de Jan Huygen Linschoten» (pp.263-282) de C. Varela, que realiza un minucioso estudio acerca de la información sobre el continente asiático que nos transmite este viajero. Los tres capítulos restantes muestran los resultados de investigaciones independientes sin demasiada relación entre sí, ni tampoco con el resto de trabajos de esta segunda unidad. J.M. Maestre Maestre, en «Formación clásica, bíblica y afrancesamiento del español José Marchena: Reflexiones metodológicas para una nueva edición, traducción y estudio de su *Fragmentum petronii*» (pp.147-178), aporta un conjunto de consideraciones sobre la forma idónea de editar el *Fragmentum petronii*, exponiendo y analizando los numerosos errores contenidos en las ediciones que han visto la luz hasta el día de hoy y que, en su opinión, no cumplen los requisitos pertinentes para tal empresa. J.L. Paradinas Fuentes, por su parte, ofrece un estudio de índole socioeconómica. «La visión de la economía en los Libros de la familia de L.B. Alberti» (pp.179-188) constituye un itinerario cronológico a lo largo de las diferentes concepciones económicas de los pueblos, desde la Antigüedad hasta el capitalismo moderno, con el fin de rebatir la tesis de Sombart que propone a Alberti como precursor de la tendencia actual. Por último, hemos de hacer referencia al estudio de A. Carrera de la Red, «*Sicuti peregrinantes...*: La visión de los extranjeros en la escuela del Renacimiento» (pp.189-198), en el que la autora realiza un examen de los textos clásicos empleados como materiales didácticos en el Renacimiento para extraer de ellos la concepción que se tenía sobre el mundo del viaje y las migraciones durante esta época.

Otro de los ámbitos que más datos significativos puede aportar sobre una sociedad o una época determinada, bien por constituir un elemento propagandístico, bien por actuar como detracción del sistema, es el artístico. Este tercer y último bloque agrupa ocho títulos dedicados en su mayoría a las diferentes facetas del mundo del arte en el Renacimiento y, en muchos de los casos, a su relación con la literatura. En el primero de ellos, «*Emblema Hispaniae*. La percepción histórica de España a través de la numismática en los textos humanísticos» (pp.363-376), C. Blázquez Castro presenta el mundo de los estudios numismáticos en el s.XVI, dando una visión general sobre los diferentes tratados, la notable figura de los *antiquarii*, cuya labor aunaba la interpretación de las monedas y la lectura de los epígrafes, y la importante función que cumplió el estudio de la moneda en España, en una época de unificación nacional y expansión imperial que precisaba de un justificante de su supremacía. Siguen dos

estudios sobre medallas y medallones, el primero de ellos centrado en la función política de estas representaciones y el segundo en la figura de Julio César y su presencia en los libros de medallas renacentistas. M<sup>a</sup>.D. Campos Sánchez-Bordona reflexiona en «*Melior Traiano, Felicitor Augusto*. Medallas y medallones al servicio de la propaganda e imagen imperial de Carlos V» (pp.377-392) sobre la identificación de Carlos V con algunos emperadores romanos en distintos documentos gráficos. La autora emplea como pretexto el medallón del claustro de San Marcos de León, en el que aparece representado el busto del Emperador, acompañado de Trajano y Augusto, para, a partir de ahí, realizar un análisis sobre las diferentes fases por las que pasa el monarca y los personajes históricos con los que se va identificando. Por otra parte, «La imagen de César en los libros de medallas del siglo XVI» (pp.393-412), de A. Castro Santamaría, estudia el medallón de Julio César del claustro de la catedral de Santiago, uno de los muchos ejemplos en que el general romano ha sido empleado como modelo para otros grandes personajes. Tras un breve análisis de esta pieza en particular, la autora pasa a hacer un recorrido por los libros de medallas y medallones y la presencia de César en los mismos.

Otros dos estudios relacionados entre sí son los de P. Díez del Corral Corredoira y F. González Moreno, «Terencio en el *Picta Poesis. Ut pictura poesis erit*: Un tratado mitológico de mediados del siglo XVI» (pp.441-450) y «*Don Quijote* como elogio de la prudencia: primeros emblemas» (pp.451-464), respectivamente. En el primero se estudia un emblema referente a un aforismo latino de Terencio, traducido en la obra de la siguiente manera: «Sin Ceres ni Baco, Venus se enfría». La importancia de este documento, que podemos encontrar en el manual didáctico *Imaginatio Poétique* de Bartheleme Arnau, radica en que es la primera vez que se halla este proverbio representado, si bien se convertirá en modelo para las imágenes posteriores. González Moreno, por su parte, realiza un recorrido desde el s. XVI hasta el XVIII en el que estudia las distintas interpretaciones de la dualidad locura / prudencia, tan trascendental en la obra cervantina y sus formas de representación. Otro tema abordado en este bloque es el de las descripciones artísticas dentro de la literatura. B. Cuart Moner publica un trabajo acerca de la obra del historiador italiano Paolo Giovio, prestando especial interés a su recepción en nuestro país. «El arte escrito: los *Elogios* de Paolo Giovio en la España de Mitades del siglo XVI» (pp.413-440) supone un estudio detallado sobre el peculiar libro de este coleccionista, quien decide imbuirse en el género de la biografía mediante la descripción de los retratos que conservaba en su propio museo de Como. También J. García Nistal, en «Obras de fray Andrés de San Miguel. Una revisión al capítulo del Templo de Salomón y a sus referencias bibliográficas» (pp.477-490), aborda la descripción artística en la literatura, en este caso la que realiza fray Andrés de San Miguel del templo hierosolimitano, un edificio de tal perfección arquitectónica que se convertiría en paradigma para las construcciones de artistas posteriores e incluso para las suyas propias. Por último, el capítulo menos vinculado con el arte, «La búsqueda del Paraíso en los siglos XVI y XVII» (pp.465-476), de C. Pena Buján, en el que las representaciones artísticas únicamente aparecen de manera transversal. Este estudio se centra en la indagación sobre la situación geo-

gráfica del Edén realizada por especialistas en campos muy diversos, desde filólogos, geógrafos, biólogos y geólogos o psicólogos, y sus métodos de trabajo.

Como hemos visto, nos encontramos ante una amplia recopilación de estudios, algunos más generales y otros más especializados, que en muchas ocasiones nos presentan las dos caras de la misma moneda, demostrando que una realidad histórica no es tal, sino varias, dependiendo de la perspectiva del observador e incluso de los propios protagonistas. Sin duda, un volumen muy recomendable tanto para los estudiosos de una materia determinada como para cualquier lector lego cuyos intereses se aproximen a estos siglos de regreso y a la vez de continuo cambio.

Julia AGUILAR MIQUEL  
Universidad Complutense de Madrid

Santiago LÓPEZ MOREDA, *HISPANIA en los humanistas europeos. Detractores y defensores*, Madrid, Ediciones Clásicas, 2013, 240 pp.

El debate entre la letras y las armas, inmortalizado por Cervantes en su obra cumbre, da pie al autor del libro a plantear desde la historiografía clásica (César, Salustio) la conexión entre los hombres de armas y los hombres de letras, entre los artífices de la Historia y los divulgadores de la misma.

En la Baja Edad Media esta relación entre las letras y el poder cobró especial interés cuando se iban forjando las grandes naciones de Europa a la par que en Italia las repúblicas más eminentes y los estados pontificios pugnaban por su hegemonía. A exaltar el nacionalismo creciente acudió toda una corte de intelectuales que, las más de las veces, no repararon en falsear los hechos, ocultar la verdad, omitir lo poco recomendable de la propia nación y ensalzar lo más relevante. Se trataba de rastrear un pasado glorioso y mostrar a toda Europa un rey, príncipe, dogo o papa investido de todas las virtudes y legitimado para una política exterior 'negra' desde la perspectiva de los otros, pero casi sagrada y providencial desde la propia.

Fue así como nació la 'leyenda negra' de España y de los españoles, tan fértil en bibliografía como sesgada en la mayoría de los casos, especialmente desde los países que apoyaron la Reforma, como los Países Bajos, Suiza, Alemania, o desde los enemigos habituales de la monarquía española, como Inglaterra y Francia.

Pero el autor no se suma como uno más a esta corriente que analiza dicha leyenda desde la apología, cual Fernando de Herrera y Gonzalo Jiménez de Quesada, el Antijovio, o desde la invectiva, cual Giovio, Erasmo, Münster, Bartolomé de las Casas, Guillermo de Orange, y más recientemente S. Arnoldsson. Tampoco centra su interés en la época de Carlos V o de Felipe II cuando dicha leyenda llega a su cima. Se remonta a los dos siglos anteriores para explicar los orígenes de la misma y para demostrar, con una imparcialidad filológica que le honra, que dicha leyenda nació en Italia con la presencia temprana de la Corona de Aragón en Sicilia y Nápoles y que de catalanes y aragoneses se generalizó a todos los españoles y a todo lo español. La